**Momento 1**

Todos tenemos experiencia en la vida de estar acompañados. Muchas de nuestras compañías no las elegimos, como la familia; otras surgen, quizá, de manera espontánea y el vínculo es recíproco. Desde una mirada de fe, tarde o temprano, descubrimos que Dios ha tenido algo que ver con esas compañías que nos han echado -o nos echan- una mano en un tramo de nuestra vida.

-Piensa en quiénes te han acompañado en algún momento o hasta ahora. Agradece. Comparte.

**Momento 2**

Estas relaciones, que han surgido por diferentes motivos, fueron o son importantes para ti porque en algún momento te ayudaron en algo concreto; también, quizá, porque te ayudan a ver tu vida desde otro ángulo, o porque cada vez que hablas con ellas das nombre a tantas cosas; quizá no son especialmente importantes, o no te suponen excesivas preocupaciones, pero el caso es que tener a alguien, te ayuda a crecer y a afrontar cada momento de la mejor manera posible.

-¿En qué momentos o por qué circunstancias viste necesario la compañía de alguien? Agradece. Comparte.

**Momento 3**

Dando un paso más, si piensas en tu vida, que quiere dar pasos desde la fe, posiblemente encuentres muchos aspectos en los que crecer con coherencia y autenticidad. A ello ayudan muchas cosas: el grupo (que sigue sus ritmos), tus compromisos, tu vida de oración (aunque no sea como te gustaría), algunas experiencias que vives durante el año (convivencias, retiros, ejercicios espirituales, encuentros, etc.).

Piensa, ahora, en qué ámbitos de tu vida quieres crecer un poco más. Un ejercicio muy sencillo, que nos puede ayudar a abrir los ojos, puede ser “poner una nota” en cada uno de ellos -aunque sabemos que en las cosas importantes en la vida no se ponen notas-.

-Por ejemplo, pon “nota” a cómo estás en cada una de estas dimensiones/ámbitos: comprender la fe, celebrar la fe, testimonio/compromiso, oración, compartir la fe. Lo compartimos.

**Momento 4**

Si para las “cosas” de la vida cualquiera de las personas que nos acompañan cotidianamente nos ayudan para vivir, como cristianos, a veces puede ser necesario un acompañante que nos ayude a vivir todas las dimensiones de nuestra vida; alguien que haya recorrido ese camino y esté en él; que, sin ser amigo, tenga nuestra confianza y credibilidad.

Es cierto que el grupo ayuda, pero el grupo tiene su ritmo. En cambio, puede que tú veas que quieres tener un ritmo más personal, tanto por las cuestiones que te inquietan y en las que quieres crecer, como en los tiempos que necesitas.

Lo importante es que te plantees si tú quieres crecer, si quieres tomar tu vida en tus manos, hacer tu propio camino.

-¿Quieres? ¿Es el momento?

-Quizá tengas un acompañante. Si es así, comparte tu experiencia.

**Momento 5**

Sobre el acompañamiento ¿qué dudas se te plantean? (frecuencia, tiempo, temas a tratar, tiene un final, etc). Compartimos estas u otras.

**Momento 6**

Sobre el acompañante, ¿qué dudas se te plantean? (perfil que debe tener, tipo de relación, confidencialidad, cómo le pediría a alguien ser mi acompañante, etc.). Compartimos estas u otras.

-¿Qué crees que necesitarías de un acompañante?

**Momento 7**

Para terminar, un texto del evangelio de Lucas (24, 13-35), puede ser un buen *icono* del acompañamiento. Lo leemos en clave de oración, dejando que Dios-Padre nos sugiera cómo podemos ser acompañados por Él, a través de alguien, para ser discípulos de su Hijo.

Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenarán a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió.

Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.